

EL AVISO

Thriller

JÜRGEN BANSCHERUS

Traducción de María Teresa Marcos



UNO

UN SÁBADO, a finales de mayo, el termómetro subió a 24 grados. La tormenta primaveral que se había desencadenado durante la noche se transformó en una suave brisa. El intenso cielo azul sobre la ciudad parecía prometedor.

Precisamente aquel día, Simon Laub tropezó con un cadáver. En realidad, con parte de un cadáver. O, más exactamente: encontró una mano, una mano limpiamente amputada.

Simon y su madre se habían tomado su tiempo para desayunar. Para empezar, estuvieron hablando sobre el instituto, las vacaciones de verano y la cadena de robos que, durante semanas, había mantenido en vilo al barrio por los alrededores de Hellweg. Aunque Miriam, como sucedía a menudo de un tiempo a esta parte, realmente no había prestado demasiada atención al asunto. Una vez más, la conversación había terminado decayendo en algún momento y se habían limitado a permanecer callados, sentados al sol que entraba por la ventana de la cocina. Miriam se había fumado un cigarrillo tras otro y Simon estaba pensando en Nora.

Más tarde, Miriam le había hecho ir a la tienda de Kapitza, a recoger sus fotos. Helmut Kapitza había sido en

sus tiempos un fotógrafo famoso. Un día abrió un estudio de fotografía con agencia de viajes incorporada no muy lejos de la Kruppstrasse, donde estaba la casa de los Laub, en una antigua taberna. Vivía en la trastienda del establecimiento con un gato pelirrojo y una colección de viejas cámaras.

Kapitza conocía bien su oficio, tal vez mejor que ningún otro fotógrafo en la ciudad. A pesar de ello, no era apreciado en el barrio. Unos lo consideraban un extraño excéntrico; otros, un perverso que se entretenía contemplando retratos íntimos de sus clientes. Un par de años antes, le había pedido a Simon que posase como modelo para una serie de fotografías, a ser posible solo con botas de goma y calzoncillos. Aquello era arte, le había explicado; era lo que la gente quería ver. Desde entonces, Simon pertenecía a la fracción de los que consideraban a aquel hombre un perverso.

A su madre no le había contado nada sobre el incidente con el fotógrafo. Por entonces, Miriam formaba parte de una agrupación especial que se dedicaba a la búsqueda de dos niñas desaparecidas. Su superior y la prensa local la sometían a tal presión que apenas había dormido durante semanas. En aquella situación, enterarse además de la petición de Kapitza, habría acabado con las pocas fuerzas que le quedaban.

Sea como fuere, Simon odiaba al tipo y evitaba pisar su tienda. Sin embargo, aquella mañana de sábado, a Miriam le urgía hacer unas compras. Por eso le había pedido que fuese a Kapitza. Mes tras mes, la mujer se dedicaba a hacer instantáneas en un carrito en blanco y negro con su vieja cámara réflex. Fotografiaba prácticamente todo lo que se le ponía por delante. Al único al que Miriam dejaba revelar sus carretes era a Kapitza. El tipo le era francamente antipático, según le había dicho en cierta ocasión

a Simon, pero mientras hiciese un buen trabajo, le daba lo mismo. Las fotos reveladas las iba echando en una caja, en la que se almacenaban ya innumerables instantáneas. En cierta ocasión, cuando Simon le preguntó qué se proponía hacer con ellas, ella rápidamente cambió de tema. Desde entonces, él no había vuelto a hablarle de las fotos, aunque estaba bastante seguro de que con la fotografía ella trataba de retener el tiempo. A su madre siempre le había angustiado el paso de los años.

El comercio de Kapitza estaba situado en el entresuelo de una casa de cuatro plantas, al lado de una oficina de seguros y de un anticuario que se había especializado en lámparas. Foto&Viaje, llamaba el fotógrafo a su tienda. Había colocado estores de un color indefinible en ambos escaparates, la antaño blanca pared de la casa estaba ennegrecida por los humos de los tubos de escape de los automóviles y los escalones que conducían a la tienda estaban desgastados.

Cuando Simon entró, Kapitza se encontraba junto al biombo que separaba la tienda de fotografía de la agencia de viajes, y estaba telefoneando. Llevaba puesto en la cabeza un gorro de lana rojo y blanco; sobre su barriga, quedaba tirante una chaqueta desgastada de cuero negro, y los vaqueros, desteñidos, terminaban justo debajo de las rodillas. Los cristales de sus gafas, exageradamente gruesos, hacían que sus ojos pareciesen del tamaño de huevos de gallina.

–Buenos días –saludó a Simon dirigiéndose al mostrador, tras colgar teléfono. Como el chico permanecía callado, continuó–: Las fotografías están listas.

Pescó un sobre de una caja, llena a lo sumo hasta la mitad, y se lo entregó a Simon.

–Dieciséis con cincuenta –dijo con voz nasal, y un leve olor a dientes sin cepillar y a loción de afeitar se desplegó por la estancia.

Simon le entregó el dinero, como siempre sin decir palabra y sin mirar al fotógrafo.

El hombre hizo desaparecer billetes y monedas en uno de los bolsillos de su pringosa chaqueta.

–Un millón de gracias. Y saludos a su señora mamá –dijo.

Algo se le quedó trabado a Simon en la lengua, una palabrota, un insulto, lo que fuera. Pero se lo tragó. Con aquel tipo, cualquier palabra era puro desperdicio.

–Cuida de ella –continuó diciendo el hombre, haciendo desaparecer de repente toda la mucosidad de su voz–. Por favor, cuida bien de tu madre.

Desde el incidente de las botas de goma y los calzoncillos, Simon apenas había hablado más de lo imprescindible con el tipo. Se limitaba a entrar en la tienda, pagaba, se guardaba las fotografías y desaparecía lo más rápidamente posible. Pero ahora se le escapó un «¿Por qué?».

–¿Cómo que tengo que cuidar de mi madre? –preguntó, al no obtener respuesta de Kapitza.

Este no cesaba de arrastrar de un lado a otro del mostrador de cristal las brillantes fotos de una boda, mientras sus inmensos ojos miraban inquietos hacia la puerta de la tienda, más allá de Simon. El fotógrafo tenía unos dedos inusualmente esbeltos, salpicados de pecas, que no encajaban en absoluto con el resto de su macizo cuerpo. En la penumbra de la tienda, le recordó a Simon a una gran medusa flácida.

–Es usted una... –comenzó Simon–. Es usted una... –medusa perversa, quiso decir. Pero antes de que pudiera seguir hablando, el hombre salió apresuradamente de detrás

del mostrador. Simon era más alto que el fotógrafo, mucho más joven y sin duda más fuerte. A pesar de ello, retrocedió instintivamente hacia la puerta.

El fotógrafo se detuvo a un palmo de distancia de Simon y se quedó mirándolo fijamente, sin decir nada. Simon le devolvió la mirada, no pensaba permitir ni el más mínimo triunfo al hombre que tenía delante. Y mientras pasaban los segundos, mientras no se oía nada más que el tictac del viejo reloj de pared de detrás del mostrador, detectó de pronto el miedo en el rostro del fotógrafo, un miedo que parecía haberse fijado en cada uno de sus poros.

En algún momento, un violento temblor sacudió el cuerpo de Kapitza y apartó su mirada.

–Tienes que cuidar de tu madre. Prométemelo –suplicó.

–¡Está usted chiflado! –exclamó Simon; empujó al hombre a un lado y salió corriendo.

En ese momento, el sol estaba apalancado sobre la terraza del tejado del hotel Park; al otro lado de la calle, el dueño de la heladería Dolomiti estaba colocando sillas y mesas en la acera. Dos chicos comprobaban la estabilidad de sus monopatines sobre una escalinata, en el pequeño espacio situado junto a la peluquería y la pizzería.

Simon cruzó la calle corriendo, se sentó en la mesa más próxima a la entrada de la heladería y pidió un helado de espagueti. ¡Menudo idiota ese Kapitza! ¡Como si Miriam no fuese capaz de cuidar de sí misma! Desde que interrumpió sus estudios de maestra, muchos años atrás, trabajaba con la Brigada de Investigación Criminal. Ahora estaba a cargo del Departamento de desaparecidos. Por lo que sabía Simon, su madre nunca se había visto envuelta en un tiroteo, ni había recibido jamás cartas anónimas. ¿Con qué habría de tener cuidado?

Entre tanto, un gran rótulo escrito a mano con el aviso «Cerrado temporalmente» quedó colgado por dentro de la puerta de Foto&Viaje. ¿Por qué sentiría en realidad tanto miedo por Miriam aquel hombre? ¡Si solo la conocía como cliente! ¿O acaso había algo que Simon desconocía?

Mientras pensaba en ello, jugueteaba con el sobre que le había dado el fotógrafo. Un par de fotos se deslizaron fuera: un carrusel infantil bajo la lluvia, un campo de tulipanes, una cabina del vestuario de un campo de fútbol, dos palomas sobre las escaleras de entrada a la Jefatura Superior de Policía, multitud de gente bailando, otra multitud de gente bailando y otra más. Simon revisó interesado toda la serie. Había cuatro instantáneas, del tipo de las que solía hacer Miriam, y no menos de treinta fotos de personas bailando.

La mayor parte de la gente de las imágenes parecía estar entre los treinta y los sesenta. Había mujeres con vestidos tiroleses y un tipo con corbata de lazo a cuadros y chaqueta a rayas. ¿Tendría algo que ver con las fotos el ruego de Kapitza de cuidar de Miriam? ¿Acaso el tipo había reconocido durante el revelado a alguien que pudiera constituir un peligro para ella? Simon tenía que hablar con él sin falta; seguro que aún seguiría en su tienda.

Antes de acercarse, preguntó al dueño de la Dolomiti lo que opinaba él del fotógrafo.

—¿Te refieres a Kapitza? —el italiano se rascó el cogote—. Es un tipo raro. Muy raro.

—¿Ocurre con frecuencia que cierre su tienda sin más? —siguió preguntando Simon.

—Viene y va cuando quiere —respondió el hombre.

—¿Cuándo volverá a abrir?

El italiano posó la mano sobre el brazo de Simon y se echó a reír.